

IMÁGENES MEMORABLES EN *MUDAS LAS GARZAS DE SELFA CHEW*. TRAYECTORIAS DE LA PRESENCIA JAPONESA EN MÉXICO

GUADALUPE PÉREZ-ANZALDO

UNIVERSITY OF IDAHO



udas las Garzas (2007) de la poeta china-mexicana-americana Selfa Chew es un texto postmoderno en el que se rompen y traspasan las fronteras literarias, espaciales, temporales e identitarias. Esta mezcla de crónica, testimonio, poemario, novela y memorias es un intento por rescatar la historia dejada de lado por parte del discurso institucionalizado, pero sin pretender “ser una fuente precisa de información” (7). Las prácticas opresivas perpetradas específicamente en contra de los inmigrantes y ciudadanos de origen japonés que residían en México durante los meses y años posteriores al ataque a Pearl Harbor en los Estados Unidos (1941), quedan expuestas mediante una variedad de recursos que se alternan y complementan para formar un conglomerado de elementos tales como: “entrevistas, documentos legales, reportes policiacos, memorias, poemas y cuentos”(7). Son precisamente los poemas, en este caso los haikús, y la prosa poética los que (re)crean, dan vida y embellecen los distintos testimonios orales y escritos de aquellas subjetividades a quienes, en su momento, les fue negada una presencia discursiva. De este modo, la poesía y la prosa poética nacen al amparo de las voces vitales, pluridimensionales, múltiples y heterogéneas de los diferentes prota-gonistas convertidos en narradores de su propia historia.

La intención de Selfa Chew de (des)cubrir y difundir la historia de la comunidad japonesa-mexicana que ha sido borrada de la historiografía nacional es, precisamente, llenar aquellos espacios vacíos de nuestra historia y hacer evidente la parcialidad de los discursos y artificios hegemónicos, tal y como lo confirma ella misma: “El gobierno de Manuel Ávila

Camacho olvidó la calidad humana de los japoneses porque los consideró espías en potencia y fanáticos dispuestos a morir para conquistar el mundo. He querido rescatar sus historias para mostrar que la gran mayoría aspiraban a una vida tranquila, rodeados de sus hijos, de sus amigos de México”. (Gil, *Entrevista...*) La importancia de la pregunta hecha por una de las múltiples voces narrativas de *Mudas las garzas*: “¿Cómo hacer de retazos de historias una verdad contundente?” (Chew 48) ejemplifica y revitaliza los discursos culturales contemporáneos expresando, así, ese deseo por trascender y rescatar del olvido las vejaciones, discriminaciones y atrocidades sufridas en carne propia por personas inocentes; sujetos marginales que vivían en una nación supeditada a las imposiciones del gobierno estadounidense. Al mismo tiempo, se establece la imposibilidad de apresar y conocer completamente el pasado, por lo que no se puede hablar de una verdad absoluta. De igual manera, como lo ha señalado Hayden White, la historia es sólo un discurso mediante el cual se hace cognoscible el pasado. En ese sentido, la narrativización de los sucesos del pasado, misma en la que se producen omisiones y alteraciones y que por tanto es subjetiva, tiene como función la construcción de una memoria colectiva en la que a su vez se fundamenta la identidad nacional. No obstante, como todas las propuestas con énfasis en la creación de identidades oficiales, se mantiene una marcada preferencia hacia hechos que privilegian a una determinada ideología y grupo hegemónico dentro de un territorio y tiempo específico.

Es muy significativo que el haikū o *haikai*, ese “poema japonés con un esquema métrico de diecisiete sílabas distribuidas en tres versos [con el cual] se trata de aproximar, en un salto de ingenio, dos realidades distintas, bien a través de la lírica, bien a través del humor” (Marchese 193), es utilizado para enmarcar esta compleja red de discursos que forman parte de este texto híbrido. Además de establecer una relación directa con la tradición cultural y literaria japonesa, el breve poema tripartita sirve para (re)crear imágenes vívidas e impactantes por medio del poder de la

palabra cuidadosamente escogida y depurada para producir una amalgama de ideas que complementan el arte de lo escrito. El dialogismo literario comienza a partir del breve verso que le da título y además abre este original texto:

Mudas las garzas
Trazarían en el cielo
Una línea de nieve

Este haikú pertenece al que es considerado el padre de este tipo de arte, el samurái y monje budista japonés Yamasaki Soka (1465-1534?). Lo anterior es muy significativo en tanto que Soka “entered priesthood when he saw his 25-year-old master die at a military camp” (Takemoto, *Urashima...*). Por consiguiente, este antecedente establece un vínculo con la tradición literaria japonesa y una conexión directa con la violencia, en este caso, la cometida a manos del gobierno mexicano y orquestada desde el país del norte a causa del sentimiento xenofóbico en contra de los japoneses.

Las cinco sílabas del primer verso del haikú revelan una impresionante serie de imágenes que nacen del sentimiento desgarrador plasmado en la palabra escrita, la brutalidad mostrada en conjunción a la belleza. Los cuatro elementos naturales están ahí: el viento, el fuego, la tierra y el agua (representada por la nieve). De tal manera que la potencialidad artística de cada palabra nos remite al proceso de la vida/muerte, destrucción/creación, quietud/sonido y, sobre todo, el poder creativo y cultural del ser humano dentro del universo planteado. La garza, elemento simbólico de oriente, es un ave que muestra la elegancia y plasticidad de la vida pero, en este caso, las garzas son mudas, sin movimiento y por ello se asocian con la idea de la muerte, de que ya no va a haber vida, del cese total del movimiento que despunta hacia lo trágico.

La sombra impresionante de esa línea trazada por las garzas silentes en el cielo es una alusión a la muerte y a la cicatriz abierta que todavía

palpita, duele y sigue abierta. La marca no es tan solo en el cielo natural que cubre la atmósfera terrestre, sino la mancha en el firmamento social donde se ha desarrollado la violencia. Por ende, *Mudas las garzas* evoca tanto a los seres viviendo en ese tiempo y en ese lugar y que ahora ya no existen porque han sido desaparecidos; así como en referencia a todos aquellos seres que nunca tuvieron la posibilidad de existir porque no se les permitió ni siquiera el derecho de ser parte de la vida.

Material y metafóricamente, las familias japonesas quedaron destruidas y fragmentadas sin un futuro cierto y, dentro de esta incertidumbre, nosotros las recordamos porque de una manera u otra su presencia ha quedado registrada en la historia, en la vida; porque es posible que haya, como la historia lo ha demostrado, algo o alguien que haga referencia al pasado: los documentos oficiales, el testimonio de los sobrevivientes, las fotografías y aquella vida contenida en la fuerza de las palabras, es la vitalidad que condiciona la línea de nieve impecedera del poema.

La palabra dentro del texto de Chew es, precisamente, una fusión entre la vida y la muerte, puesto que la pluralidad de seres humanos muertos y macerados son los que le dan vida a cada expresión vertida en el mismo. Por consiguiente, su trabajo literario es como una herida latente e indeleble en la historia de la humanidad en tanto que, como lo ha señalado Walter Benjamin, “Jamás se da un documento de cultura sin que lo sea a la vez de la barbarie” (5); y es a partir del mismo título donde se vislumbra esta revisión a contrapelo de la historia oficial.

Por otra parte, la importancia del elemento visual que fortalece las imágenes literarias es proyectada todavía más por la selección de fotografías históricas que se dispersan a través del texto. Estas últimas son una brisa que refresca la crónica y el testimonio presentados, puesto que valida y solidifica un discurso contestatario de fuerte presencia socio-cultural y artística. Es precisamente a través de la versatilidad entre la palabra y la imagen como se constata la existencia de una serie de

memorias que exhiben y subvierten el discurso hegemónico; el cual ha intentado anularlas y borrarlas del imaginario colectivo mexicano. De ahí la importancia de tomar en consideración los señalamientos teóricos del filósofo de origen judío-francés Maurice Halbwachs (1877-1945), para quien la memoria es en realidad una construcción cultural que se expresa por medio del lenguaje y que se crea a partir del entorno social de cada individuo: “[I]t is in society that people normally acquire their memories. It is also in society that they recall, recognize, and localize their memories. (38) Es decir, que la memoria se adquiere únicamente cuando el sujeto está expuesto a la vida social, en tanto que son los repertorios simbólicos de un sistema cultural particular los que seleccionan y determinan qué es lo que debe recordarse o a quién debe incluirse dentro del imaginario social vigente.

Por todo ello, resulta significativo que aquí aparezca, por ejemplo, la fotografía de un joven japonés llamado Asahiro Tanaka vestido elegantemente al lado de Francisco I. Madero. Dicha imagen visual valida el testimonio que le precede, el cual da cuenta de las aventuras de este inmigrante que fue capaz de llegar a las más altas esferas del poder político mexicano:

¿Ve usted esta foto? Este de traje tan elegante con la familia de Madero, es mi papá. Él manejaba el Ford de doña Sara que ahora está en un museo. Mi padre probaba la comida directamente del plato del presidente para asegurarse de que no estuviera envenenada. Después de que asesinaron a Madero, mi papá se fue a vivir a Guadalajara. Yo creo que mi padre era muy de la confianza de Madero” (*Mudas...* 19).

De este modo, imagen y palabra se conjugan para que el Otro se haga visible. Asimismo, las fotografías de los niños mexicanos de origen japonés que vivían en cautiverio en la Hacienda de Temixco en el estado de Morelos, o aquéllas en las que se aprecian distintas familias japonesas-

mexicanas representan esa otra historia o historias archivadas por las auto-ridades tanto mexicanas como estadounidenses y recordadas solamente por los sujetos afectados.

Es importante señalar que en *Mudas las garzas* se expone, además, la idea de que la nación mexicana es el sitio de la poliglosia y el espacio multicultural donde diversos códigos lingüísticos y culturales coexisten, interactúan y se complementan. Lo anterior se relaciona con las premisas postmodernas que plantean que la nación no es más que una serie de discursos y emblemas que aspiran a una homogeneización en tanto que se suprimen las diferencias individuales y se propagan las esencias identitarias. Benedict Anderson, en particular, ha demostrado que las naciones son “constructos sociales” fabricados y elaborados por los detentadores del poder y reforzados constantemente por el entorno sociocultural. Los inmigrantes japoneses, muchos de los cuales se nacionalizaron mexicanos, así como sus descendientes pertenecen a un grupo heterogéneo cuyas variadas historias individuales dan cuenta de un proceso de adaptación, integración y asimilación en distintos grados. Por consiguiente, desde su posición marginal, estos sujetos intersticiales desmitifican el concepto de nación del discurso dominante. Este último ha formulado, con base exclusivamente en el mestizaje indígena-español, una identidad mexicana que excluye a los diferentes grupos étnicos y raciales entre los que se encuentran los japoneses, los chinos, los africanos, los musulmanes árabes y los judíos, entre muchos otros.

En el texto híbrido de Chew, también está presente la heteroglosia, según la definiera Bajtín, y en él convergen diversas historias, las que a su vez se poetizan, remiendan, (re)cuentan y entrecruzan en este tejido narrativo. Al mismo tiempo estas memorias, narradas por medio de una polifonía de voces a veces discordantes, se desdobl原因 y metamorfosean en un caleidoscopio de imágenes y discursos a partir del constante desplazamiento de los planos temporales, espaciales, literarios e históricos. De ahí que el lector tenga que realizar una función detectivesca puesto que

se ve involucrado en la difícil tarea de hurgar, hilvanar, armar, reacomodar y unir los distintos trozos discursivos que, como piezas de rompecabezas, se encuentran dispersos por todo el texto. La historia del triángulo amoroso entre Sadako, su mentiroso y abusivo esposo Jinso Tanada y el socio comercial de este último, Asato Kahogura merece especial atención porque aparece de manera dispersa y en fragmentos por todo el texto.

Violencia y colonización del cuerpo femenino

La travesía de Sadako, una joven de dieciséis años, comienza en su país natal (Japón) donde es entregada por su padre a un desconocido en lo que se consideraba “un matrimonio perfectamente respetable en Japón” (17). Por medio de esta institución de carácter político-jurídico, la hija se convierte aquí en el objeto/propiedad de intercambio o distribución porque ni siquiera tiene el derecho a expresar su propia opinión ni mucho menos hacer su voluntad. Además, al momento de la ceremonia nupcial ella se ve forzada a perpetuar el orden patriarcal, con sus parámetros culturales impuestos, al exhibir en público su castidad, respeto y obediencia por medio del atuendo utilizado para la solemne ocasión: “*De pies a cabeza la blancura del shiru-maku que llevaba puesto anunció su virginidad a los dioses... La luna de tela sobre su cara simbolizaba la obediencia prometida a su marido*” (23, las itálicas pertenecen al texto original). De acuerdo a los criterios anteriores, Sadako debe exponer su virginidad ante la sociedad para demostrar que tiene valor como objeto intercambiable y su matrimonio se convierte, por lo tanto, en una transacción comercial. De ahí que resulte muy significativa la definición de matrimonio realizada por Victoria Sau en su estudio titulado *Un diccionario ideológico feminista*:

El contrato matrimonial no es nunca un contrato entre hombres y mujer sino entre hombres para que quede legalmente establecido: 1º cuáles son la mujer o mujeres de las que se apropia el hombre por matrimonio; 2º el colectivo

masculino da su consentimiento a esta apropiación y se compromete a no utilizar ni arrebatar a la mujer matrimoniada sin consentimiento del marido... cuando la mujer firma su contrato matrimonial en nuestra sociedad no lo hace en simetría con el hombre; lo que firma es su reconocimiento al contrato entre hombres en virtud del cual su padre, presente o ausente, la traspasa a su marido. (166)

Debe enfatizarse, además, que la explicación anterior es especialmente cierta, sobre todo si se considera que el contrato matrimonial realizado en esta nación asiática —mismo que le permite a un hombre radicado en otro país apropiarse de Sadako— no es sólo la negociación realizada entre el padre (con el consentimiento de su madre) y el futuro esposo, sino también aquélla validada y ratificada por las leyes vigentes en las primeras décadas del siglo XX en los Estados Unidos. Éstas últimas, según las cuales todo hombre de cualquier origen étnico que pudiera demostrar tener suficientes medios económicos podía comprar o emigrar a una esposa, ejemplifican el poder y el control sociopolítico ejercido por los hombres blancos sobre los ciudadanos, residentes e inmigrantes viviendo en dicho país.

Al llegar al puerto de San Francisco, la joven japonesa es detenida, humillada y discriminada por parte de los oficiales de migración estadounidenses para después ser finalmente entregada a su decrepito y amargado esposo. Jinso Tanada no duda en utilizar el maltrato físico y psicológico con el fin de imponerle su autoridad a una temerosa y desilusionada Sadako, quien se sabe y siente devaluada después de haber sido violentamente iniciada sexualmente por él: “Supo que nunca tendría dinero para comprar su pasaje a Japón. Presintió que okasan no permitiría el regreso de la hija que ya no era virgen. Sintió que el frote furioso del señor Tanada contra su cuerpo semidesnudo, desgastaba más allá de su piel tierna. La sangre molida de sus piernas era lo que menos le dolía”

(84). Los ultrajes cometidos en contra de Sadako —la inspección migratoria, la mentira y la violación sexual— son los mecanismos de control/represión de una autoridad masculina abusiva deseosa de perpetuar las relaciones genéricas asimétricas de poder.

El único recurso que a ella le queda es refugiarse en el silencio, mismo que representa para su abusivo esposo una barrera impenetrable e incomprensible, y por eso termina desahogándose de sus propias frustraciones al acusarla de frigidez. Es interesante notar que la reacción de Tanada está en relación con la concepción del desfloramiento elaborada por Freud y que también ha sido analizada por Victoria Sau:

Las desfloraciones brutales, violentas, dolorosas, no consentidas, impuestas, forzadas, no sólo han provocado desilusión, decepción y traumas a veces irreversibles, siempre inolvidables para las mujeres, sino que en opinión de Freud, las han vuelto frías a veces para toda la vida[...] En una palabra, la frigidez en el matrimonio, dice Freud, es una venganza de la mujer por su desfloración (83).

Cabe enfatizar que el discurso freudiano, según lo ha demostrado Luce Irigaray en su estudio feminista *This Sex Which Is Not One*, corresponde a una concepción falocéntrica dado que la sexualidad femenina, la cual es indivisible (y como el título de su estudio lo indica) plural, ha sido negada debido a que es comparada y modelizada de acuerdo a un Sujeto masculino. Los genitales de la mujer, a diferencia del falo, no tienen una forma definida ni escópica; de tal modo que resulta incomprensible, para la ideología fálica dominante, el placer que ella experimenta con el contacto o roce continuo de sus dos labios.

Ese placer propio, sin embargo, se ve interrumpido con la penetración del órgano sexual masculino: “This autoeroticism is disrupted by a violent break-in: the brutal separation of the two lips by a violating penis,

an intrusion that distracts and deflects the woman from this “selfcaressing” she needs if she is not to incur the disappearance of her own pleasure in sexual relations” (24). Por consiguiente, la “femineidad” es prescrita por una especula(riza)ción masculina que escasamente corresponde al deseo de la mujer, el cual puede ser recuperado solamente en secreto, a escondidas, con un sentimiento de ansiedad y de culpa (30). Este estudio teórico de Irigaray sirve para dejar en claro que la “venganza” a la que se refiere Freud constituye una más de las configuraciones y valoraciones culturales del poder patriarcal; puesto que el hombre es incapaz de comprender el deseo y las necesidades sexuales de la mujer.

Tras la violencia ejercida por su esposo, lo que Sadako aprende paulatinamente es que tiene que vencer los obstáculos impuestos por ese sistema en el que se privilegia al sujeto masculino predominante en ambas sociedades, tanto la japonesa como la estadounidense. Así, ella es relegada y mantenida en una posición subordinada por el sólo hecho de ser mujer y además japonesa; por consiguiente, ella es el Otro del Otro. El único recurso que encuentra para recuperar la fuerza y energía con las cuales trasgredir los códigos culturales que la obligan a perpetuar su condición de otro doblemente marginal es la escritura creativa (los haikús escritos por Asato). El erotismo que despiertan en esta subjetividad esos poemas la llevan a experimentar un placer desconocido hasta ese momento por ella, motivándola a descolonizar su propio cuerpo y aventurarse, junto con su amante, a buscar nuevas posibilidades de vida en un espacio geográfico diferente. Como resultado, Sadako y Asato enfrentan conjuntamente un “doble exilio” (161), puesto que no sólo emigran a dos países diferentes (Estados Unidos y México) sino que, además, está ese otro exilio interior y simbólico que ellos se auto-imponen al guardar silencio y ocultar su pasado por temor a ser juzgados por sus propios hijos: “La historia de nuestra huida a México les pesaría en la conciencia como si ellos mismos hubieran cometido un crimen. Fue preferible amor, callar cuando llegaron los soldados” (161).

Esta violencia que se señala al final de la cita anterior es consecuencia de los acuerdos políticos bilaterales, puesto que tras descubrirse su doble identidad, ambos son perseguidos, desarraigados, encerrados, y obligados a vivir en la pobreza. La subsecuente separación de sus dos hijos menores, Seiko y Mishiko, dados en adopción al doctor Sato, provocan el rápido deterioro de la salud mental de la que después se hace llamar señora Matsushita. A lo largo de esta narración fragmentada, el lector se hace partícipe del desarrollo físico de estos niños que no terminan por aceptar los parámetros culturales de su padre adoptivo empeñado en hacer de ellos unos “verdaderos japoneses” (36). A este respecto, es interesante percibir cómo el doctor Sato, al imponerles el idioma japonés y sus propios valores culturales a Seiko y Mishiko, demuestra su interés por contrarrestar la anulación y exclusión de los japoneses en el discurso oficial y de hacerlos visibles a los Otros que habitan en México. En ese sentido, la suya es una estrategia para subvertir los cánones oficiales y privilegiar la cultura japonesa que ha sido dejada en los márgenes de la Historia del país. En todo caso, los mecanismos usados por él para dicho fin surten poco efecto en sus hijos adoptivos, quienes a pesar de estar conscientes de su origen étnico y de la gratitud que le deben al doctor Sato, no pueden evitar desobedecer sus órdenes hablando español con la servidumbre mexicana.

El hijo varón convertido ya en adulto elige su propia identidad al reapropiarse del apellido de su padre biológico y, sobre todo, al afirmarse a sí mismo como ciudadano mexicano. De paso, él deja en claro su ideario político al señalar que: “Sé que usted cree que yo no tengo derechos y que los demás me tratarán siempre como un huésped indeseable. Recuerde, otosan, ¡yo nací en este país y no puedo quedarme con los brazos cruzados!” (114). Mishiko, por su parte, también hereda la rebeldía de su familia biológica al contravenir los deseos del Dr. Sato; puesto que se casa con un hombre mexicano a pesar de haber escuchado la siguiente aseveración

hecha por su padre adoptivo: “Los mexicanos son infieles, Mishiko. Tienes que terminar tu carrera” (141).

Repercusiones y politización de los sucesos ocurridos en otras latitudes

Las memorias que aquí se exponen, en sincronía con las gladiolas, crecen, florecen y proliferan por medio de un hilo narrativo que, a su vez, las apoya, sostiene y entrelaza. De este modo, hay varias historias de exclusión y discriminación que convergen en este texto; como la de Kishi, la otra hija de los esposos Matsushita, a quien “rechazan como si fuera el enemigo” (28) al momento de ir a solicitar empleo orillada por la necesidad económica. Se presenta también la de una mujer, hija de un médico, cuyo dolor e impotencia se ve reflejado de la siguiente manera: “La gente sí ayudó, pero a veces algunas personas se expresaban con desprecio de los japoneses. Tan mal me sentía por esos comentarios que un día mi papá me preguntó, Susuki, ¿qué quieres que te regale de cumpleaños? Y yo le contesté –Una operación, papá. Quiero tener más grandes los ojos”. (43) En los dos ejemplos anteriores se percibe fácilmente cómo en esos años de la Segunda Guerra Mundial los combates también tomaron lugar en el plano ideológico; puesto que el ser asociado o identificado con el Otro nipón, algo que ocurría fácilmente debido a las evidentes diferencias étnicas de esta comunidad con el resto de la sociedad mexicana, representaba un peligro latente del cual no podían escaparse ni siquiera los niños. En consecuencia, la estigmatización del japonés en el imaginario colectivo generada por el discurso oficial contribuyó, en gran medida, a que este grupo social fuera fácil presa del maltrato psicológico.

A este respecto, es interesante observar que la violencia desatada se encarnizó específicamente en contra del grupo japonés y no en sus aliados; ello a pesar de que los italianos y alemanes también formaban parte de la llamada triple alianza durante dicho conflicto mundial. Es decir, que los ataques y las detenciones referidas en México, se centraron únicamente en

los japoneses y sus descendientes, quedando excluidos los residentes o ciudadanos de los otros países considerados también “enemigos”. Lo anterior queda estipulado en el reporte oficial correspondiente al año 1942 en el que se asevera que: “existen otros miembros del eje en esta región: Reinhem Heinz, de origen judío alemán, y también Abram M. Cervetto, italiano naturalizado norteamericano y casado con mujer mexicana. Todos estos, según me manifestó el C. Presidente Municipal de este lugar, encuéntrase con permiso económico del C. Gobernador del Estado” (61).

La frágil e inestable situación de los japoneses viviendo en el territorio mexicano tuvo repercusiones también en las relaciones intrafamiliares en tanto que muchos hijos sufrieron la separación de sus padres. Estos últimos fueron obligados a vivir en distintos lugares, localizados en Guadalajara, Cuernavaca (específicamente en la hacienda de Temixco), Perote en Veracruz y la ciudad de México, de los cuales les estaba prohibido salir sin el permiso de las autoridades correspondientes. Lo anterior se expone en varias memorias como la descrita por un niño de once años que, motivado por la desesperación de no saber nada sobre el paradero de su padre, decide arriesgarse al buscarlo en uno de los centros de detención: “En la mañana que desperté ya estaba mi papá allí, le habían dicho que lo andaba buscando y que me agarra y me despierta mi papá. –¿Qué andas haciendo aquí? –Vengo a buscarte porque no sabemos de ti. –No. Yo estoy bien. Vete” (67).

La desintegración familiar como consecuencia de la separación forzada entre padres e hijos aparece también expresada a través de las palabras de una hija que recuerda a su padre fotógrafo de la siguiente manera: “Después de muchos años de su muerte, confieso que usé las fotografías que dejó en nuestra casa como combustible. Tenía un odio tremendo” (53); una voz más (o quizás la misma) analiza en retrospectiva las causas de su problemática y concluye que: “nuestra pobreza no fue culpa enteramente de papá, sino la culpa fue de los norteamericanos, de su miedo y su prepotencia... ¡Si nosotros éramos mexicanos!” (69). Los tes-

timonios aquí expuestos, hacen referencia a una situación sofocante y adversa a nivel familiar ocasionada por los designios impuestos desde el exterior del país.

A las anteriores vivencias se agregan la de los mineros japoneses viviendo en Palau, Coahuila, los que “Vivían siempre con el temor de que los deportaran de aquí de México, entonces ellos hacían sus reuniones entre puros japoneses” (73). También se recuerdan diversas experiencias durante y después del cautiverio al que fue sometido este grupo minoritario: “Solamente nuestra familia se quedó. Todos quisieron irse inmediatamente porque había sido una tristeza su encierro, el trabajo forzado, las muertes y los nacimientos entre muros... Lo que le contaron, que podíamos entrar y salir como quisiéramos es una mentira. Los únicos que podían hacerlo fácilmente eran los capataces y sus hijos” (88) La pérdida de las garantías individuales, en consecuencia, fue un factor clave para la desestabilización familiar entre la comunidad japonesa.

Por otra parte, en este proceso de recopilación oral, se acumulan también versiones que muestran y ejemplifican ciertas tensiones surgidas aún dentro de los mismos grupos marginales pero que, de alguna manera, no eran lo suficientemente significativas como para romper ese vínculo que los unía: “Casi todo Palau era de japoneses... Había un chino que se apellidaba Wong, pero ese llegó de por el lado del norte, de Chihuahua... nosotros de chamacos no queríamos a Felipe Wong, que era su hijo, porque ese chino presumía mucho de tener dinero... De todas maneras una de sus hijas se casó con un hijo de un japonés, Kike Kanabusi”. (136) Lo que aquí se propone es que el matrimonio interracial es una posibilidad para eliminar o por lo menos atenuar los problemas existentes por siglos entre los japoneses y chinos.

Puntos de encuentro: cohesión y unidad social

En *Mudas las garzas* hay un sentido de comunidad en las áreas marginales de la nación puesto que las diferencias lingüísticas, étnicas y

raciales se diluyen entre los sujetos subalternos en los momentos de peligro o necesidad. En particular, los indígenas tarahumaras se alían con los inmigrantes japoneses para hacerle frente a las fuerzas represivas enviadas por el gobierno mexicano. Tal es el caso referido a manera de reporte oficial en el que se dan los pormenores del seguimiento de la orden de aprensión de los japoneses que habían buscado refugio en poblados remotos, inhóspitos e inaccesibles tanto en Sonora como en Chihuahua. Tras pasar varias vicisitudes los soldados encuentran que éstos habían podido huir debido a que “los rancheros y los tarahumaras ya habían avisado” (45).

En otro documento también de carácter oficial el “Inspector 304” informa que el médico que se hace llamar Manuel Díaz es una persona que se ha ganado la estimación de la gente del lugar debido a que: “como carecen de servicios médicos por más de 100 kilómetros a la redonda y él los cura, tengan o no tengan dinero, pues se ha dado a querer por todos. Inclusive un indio tarahumara me dijo que el doctor era “buen gente”, que siempre se dedicaba a estar pintando paisajes y curando enfermos” (60). La transformación identitaria del médico de origen japonés, en tanto que se apropia de un nombre común entre los mexicanos, así como la práctica médica que ejerce en esta zona marginal constituyen un acto subversivo mediante el cual se deslegitima un sistema político centralista incapaz de controlar y distribuir los servicios de salubridad equitativamente en el territorio nacional. En el testimonio anterior se demuestra, además, que la ayuda que este inmigrante japonés les brinda a los indígenas le permite establecer fuertes vínculos afectivos que trascienden las barreras del lenguaje; lo cual no sucede entre el Inspector y su informante a quien señala como incapaz de explicarse: “debido a su ignorancia del idioma español” (60).

La deconstrucción del discurso oficial se genera a partir de un reporte, en el cual se expone de manera subjetiva la deshumanización que sufren tanto los militares encargados de obedecer órdenes como los

sujetos perseguidos y detenidos de manera arbitraria. Lo significativo de este fragmento es que aquí el informante se identifica con los japoneses presos en uno de los campos de concentración. De esta manera, se produce una articulación de nuevas significaciones culturales que contradice al modelo dominante en el imaginario cultural mexicano, el cual es constantemente reforzado por las prácticas hegemónicas:

Al principio me parecían todos iguales y me causaba risa su miedo. Ahora distingo a cada uno por su caminar, y llego a entender sus gestos. Pero es con su llanto como tocan cuerdas diferentes y no sé ya quién interpreta a quién, quién lee en la tristeza su propia vida. Ellos parecen cantar a mi esposa una canción de nostalgia, extrañar a mis hijos, velar a mi madre con sus lágrimas” (34).

La ingente necesidad de parte de esta subjetividad disidente por devolverle al Otro su individualidad y su valor humano, por consiguiente, denota un deseo de otorgarle sentido a su propia existencia.

Con los ejemplos anteriores se logra, además, demostrar la imposibilidad de establecer una correspondencia total entre los límites territoriales de un estado-nación y la gente que vive en éste. Como observa Nira Yuval-Davis, las ideologías nacionalistas se fundamentan en una ficción con la cual se intenta: “naturalize the hegemony of one collectivity and its access to the ideological apparatuses of both state and civil society” (11). Ella va aún más lejos al afirmar que:

This naturalization is at the roots of the inherent connection that exists between nationalism and racism. It constructs minorities into assumed deviants from the ‘normal’, and excludes them from important power resources. It can also lead the way to an eventual ‘ethnic cleansing’. Deconstructing this is crucial to

tackling racism on the one hand and to understanding the state itself on the other hand” (11).

Las minorías étnicas que vivían sin los servicios elementales en las zonas inhóspitas del México de mediados del siglo XX, eran (y aún siguen siendo) excluidas de los aparatos de poder y su unión con los grupos de inmigrantes japoneses coadyuvó a la creación de modelos culturales alternos, divergentes y contestatarios de aquéllos esencialistas producidos en la nación hegemónica.

Dos historias de agresión y victimización

Las difíciles relaciones chino-japonesas forman parte de un acalorado debate político que se ha generado, sobre todo, a partir de las últimas décadas. Así, las constantes invasiones al territorio chino por parte de las tropas japonesas, ocurridas en un período de más de cincuenta años, convergieron en el evento que hoy se considera el epítome de los abusos, violaciones y atropellos cometidos por la ambición nipona de poder y control político: la Masacre de Nanjing. Dichos sucesos no habían sido revaluados, sino hasta años recientes, debido a la negativa y la manipulación de la información por parte del gobierno japonés y el orgullo y el silencio del chino. Este es, precisamente, el tema del estudio de Mark Eykholt quien confirma que:

On August 15, 1937, Japanese planes bombed Nanjing, the capital of China. These raids continued until December 13, when Japanese troops entered the conquered city. For the next month Japanese soldiers killed, raped, looted, and burned. Hundreds of thousands of Chinese died. Six months later random atrocities were still occurring. This is the event know to history as the Nanjing Massacre. (11)

Dichos sucesos ocurridos entre diciembre de 1937 y febrero de 1938 distan mucho de la violencia cometida en contra de los japoneses en el México de los años cuarenta. Sin embargo, sirven para explicar cómo, a pesar del recuerdo indeleble de un pasado doloroso causante de la enemistad entre japoneses y chinos, lo que *En mudas las garzas* se deja en claro es que lo importante es el compromiso social, moral y ético de ayudar a todos aquellos que son victimados y subyugados por un sistema opresor.

La solidaridad con el sufrimiento de la comunidad japonesa-mexicana se expresa en este texto a través de la narración hecha en primera persona por una subjetividad híbrida, descendiente de una madre mixteca y un padre chino y cuya hermana es “mitad y mitad” (41). Ella se identifica, en particular, con la figura altruista, aventurera y al mismo tiempo esquiva del Doctor Fujimoto, de ahí que afirme que: “Ya entendí que yo soy usted y usted es todos los que tratamos de caminar sin pisar a los demás... Mire que hace sesenta y tres años yo ni había nacido, pero ya estaba allí con usted mi destino” (40) porque, a fin de cuentas: “Su historia es mi historia y la de muchos otros”. (41) Es interesante que dicha identificación se produzca a partir de un personaje trasgresor y rebelde que escapa al continente americano con el fin de huir de los mandatos del emperador Hiroito.

Es precisamente la trayectoria del Dr. Fujimoto la que da a pie a un discurso ficcionalizado semejante a un juego laberíntico lleno de recovecos en el que se generan más interrogantes que afirmaciones. La clara intención es subvertir la lógica y el orden impuestos por la normatividad; de ahí que este relato se vea interrumpido con deducciones y cuestionamientos que motivan y dejan abierta la posibilidad de nuevas interpretaciones y alteraciones. Lo anterior se percibe claramente en esta cita: “Explique... utilizando su mejor coartada, por qué en mayo de 1942 un pelotón del glorioso ejército mexicano lo encontró en un pueblo de la sierra de Sonora sin pasaporte y habiéndose ya ganado el afecto de sus vecinos. O los lectores escribirán, según sus deseos y creatividad, la

fantástica historia del doctor Fujimoto”. (157) En este texto, por lo tanto, se (re)crea una historia personal que admite la ambigüedad y el desorden al tiempo que se le permite al lector formar parte de la actividad creativa.

En *Muda las garzas*, aflora una prosa poética con la que se introduce y concluye este polifónico tejido narrativo, misma que se refleja y duplica produciéndose, en el proceso, significativas alteraciones. La eliminación de los nombres personales, Tyuta, Tomoyo, Susuri, Luisa, Haru, en la versión con la que se finaliza el texto, sugiere el silenciamiento y el exterminio de todas aquellas personas con raíces japonesas que sucumbieron a las acciones represivas conjuntas de los gobiernos mexicano y estadounidense; así como también alude a la imposibilidad de homogeneizar, con sólo hacer mención a algunas de ellas, las múltiples experiencias de sufrimiento y dolor.

Las memorias recopiladas, trazadas, hilvanadas y recuperadas en esta narración de carácter subjetivo, pero intensamente humano, ponen al descubierto los usos y abusos de dos gobiernos cómplices en la violación de los derechos y garantías individuales de los japoneses y japoneses-mexicanos que vivían en México. La calidad de la escritura de Selfa Chew mantiene fija nuestra atención a través de los testimonios del sufrimiento y las huellas dejadas por la violencia y el escarnio dirigidos hacia un grupo específico. La palabra poética aquí emanada mantiene vivo el dolor de los seres humanos directamente afectados por esos sucesos y exhorta a todos aquellos que hasta ahora sólo han sabido escuchar una versión parcial de la historia mexicana a comprender y solidarizarse con éste. El constante fluir de estos fragmentos narrativos nos brinda y nos sumerge en un mar de palabras e imágenes que legitiman las distintas versiones vertidas en este texto singular con una clara intención condenatoria. Este último simboliza un tributo a los hombres y mujeres de origen japonés víctimas de la paranoia colectiva de los años cuarenta y un deseo de unidad entre los seres humanos sin importar razas, etnias ni credos.

Bibliografía

- Anderson, Benedict, *Imagined Communities*. London: Verso, 1983.
- Bhabha, Homi. *Nation and Narration*. London: Routledge, 1990.
- Benjamin, Walter. *Tesis de filosofía de la historia*. Trans. Aguirre, Jesús. Madrid, 1973.
(11) www.elabedul.net/Documentos/Tesis.pdf
- Chew, Selfa. *Mudas las garzas*. México: Ediciones Eón, 2007.
- Eykholt, Mark. Agression, “Victimization, and Chinese Historiography of the Nanjing Massacre” in *The Nanjing Massacre in History and Historiography*. Ed. Fogel, Joshua A., California: University of California Press, 2000.
- Gil, Eve. *Entrevista a Selfa Chew*. Publicado el 11 de Febrero de 2008. (2-3)
<http://www.contactox.net/index.php/archives/1164>
- Halbwachs, Maurice. *On Collective Memory*. Chicago and London: The University of Chicago Press, 1992.
- Marchese, Angelo y Forradellas, Joaquín. *Diccionario de retórica, crítica y terminología literaria*. Barcelona: Editorial Ariel, 1997.
- Merriman, John. *A History of Modern Europe. From the Renaissance to the Present*. New York: W.W. Norton, 1996.
- Sau, Victoria. *Un diccionario ideológico feminista*. Barcelona: Icaria, 1981.
- Takemoto, Akiko; Narasaki, Hideko. “Urashima Taro Legend and West Kagawa.” Kagawa. Ed. Kirhup, James; McCarty, Steve. www.waoe.org/steve/kagawa/west.html
- White, Hayden. *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica, (1973) 1992.
- Yuval-Davis, Nira. *Gender & Nation*. London: Sage Publications, 1997.